



PARROQUIA EL BUEN PASTOR

P. Darío Mollá Llácer, sj

Cl. Erudito Orellana, 22

46008 Valencia

Tl. 96 385 16 43

pastoral@parroquiabuenpastor.com

“YO VINE PARA QUE TENGAN VIDA, Y LA TENGAN EN ABUNDANCIA” (Jn 10,10)

En el cuarto domingo de Pascua la Iglesia nos propone este año la lectura de los diez primeros versículos del capítulo 10 del evangelio de San Juan, del discurso que llamamos del “Buen Pastor”. Acaba el evangelio de este domingo en el versículo 10, con el que he titulado esta reflexión: *“Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia”*. Para San Juan Jesús es siempre sinónimo de vida: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6)*; Él mismo se define como el pan que nos da vida: *“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne” (Jn 6,51)*. Una vida que no acabará con la muerte: *“Yo soy la resurrección y la vida. Quien crea en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre” (Jn 11,25)*.

Estamos viviendo este año unas circunstancias en que está muy presente la muerte. Cuando escribo estas líneas (30 de abril de 2020) la cifra “oficial” de muertos por el COVID-19 en España es de 24.824 personas y muchos sospechamos que realmente son más. Unas muertes a las que se añaden circunstancias muy dolorosas como la soledad de las personas que fallecen y la imposibilidad de sus familiares de acompañarles en sus últimos momentos. En este contexto de sufrimiento y muerte, y movido por este evangelio de vida, quiero compartir fraternalmente con vosotros algunas de las reflexiones acerca de la vida que me he ido haciendo en estos días de interminable y duro confinamiento.

La vida como don y la vida como fragilidad

La vida es un don de Dios. Y decir que la vida es un don, equivale a decir que la vida es un regalo. Un regalo es algo que se recibe gratuitamente de alguien que nos quiere y que por medio de ese regalo nos manifiesta su afecto, su cariño. Nuestra vida es un regalo de Dios, y lo es cada día y cada minuto de cada día. Regalo y don de un Dios que en esa vida nos está manifestando su amor y su cariño, y, porque el amor de Dios es eterno y no tiene fin, la vida de los que creemos en Él no acaba, sino que se transforma. Somos criaturas amadas de un Dios que día a día nos regala la vida. La nuestra, la de los demás, la de la creación entera.

La conciencia de la vida como regalo y como don cotidiano nos lleva a vivir desde el agradecimiento profundo, o como dice San Ignacio de Loyola nos lleva a *“alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor”* como actitudes básicas y fundamentales en la vida. Vivimos **“desde”** Alguien y vivimos **“referidos”** a Alguien. Y esa es la más profunda verdad de la vida: ni somos dioses

ni somos el centro, que son dos actitudes completamente equivocadas en las que muchas veces nos situamos y que son actitudes que nos hacen perder el sentido de la vida.

Pero también sabemos, y lo hemos recordado con dolor en estos días, que no somos los “dueños” de la vida porque la vida nos es dada. No somos nosotros los que decidimos su comienzo y no somos nosotros los que determinamos ni la forma ni el tiempo de su fin. Somos criaturas, y, como tales, frágiles y vulnerables, mucho más de lo que podamos pensar. Esa es otra de las experiencias de este tiempo: la experiencia de nuestra vulnerabilidad.

De repente se han vuelto mudos todos aquellos discursos que prometían un “dominio” sobre la vida humana y su tiempo: alargarla hasta casi (o sin casi...) una cierta inmortalidad. Y pasan a imperar los discursos de la amenaza, del miedo... Ha bastado para ese cambio un virus desconocido que lleva de cabeza a la comunidad científica internacional. **Seguramente ni uno ni otro discurso nos acerca a la verdad de la vida entendida desde el evangelio de Jesús.** Ni el discurso de la prepotencia ni el discurso del miedo. El discurso evangélico es el de la humildad, la confianza y la esperanza.

“La vida es encuentro”

En este duro y largo tiempo del confinamiento impuesto también me he dado cuenta del valor que tiene en la vida el encuentro con las demás personas, de que necesitamos de los demás para una vida en plenitud humana. Y no sólo ni principalmente como necesidad material, sino como necesidad humana. Necesitamos el encuentro físico, el cara a cara, el beso y el abrazo.

Igual es un problema sólo mío que ya no soy del tiempo del “online”. Sí que es verdad que en este tiempo de distanciamiento obligado internet permite seguir en contacto. Pero... no es lo mismo, o al menos para mí no es lo mismo. Igual es que yo soy de “los de antes”, pero ni las videoconferencias ni las eucaristías por televisión equivalen en absoluto al encuentro personal. Algo de eso dice el evangelio de hoy: *“las ovejas lo siguen porque conocen su voz” (Jn 10,4)*: una voz que les suena cercana, reconocible, sin distorsión alguna..., humana y no metálica.

Cuando pienso en la famosa “desescalada” hecha de mascarillas y “distancia social” puedo entender su necesidad, pero sé que me costará. Me costará no poder dar un abrazo o estrechar unas manos, no poder dar un beso a la familia después de un tiempo de mucho sufrimiento y de no haberlo podido compartir físicamente. Y **lo intentaré no tanto por mí, sino por los demás.**

Dicen, ya es un tópico, que saldremos de esta crisis mejor de lo que hemos entrado. Bueno: eso está por ver... Pero **si salimos con una mayor conciencia de que necesitamos de los demás para ser humanos y cristianos, no es que el sufrimiento haya valido la pena (porque tanto sufrimiento no puede valer la pena...), pero sí que será una cosa buena.**

“Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará” (Jn 10, 9)

Seguramente esta expresión es la que más nos puede sorprender en el evangelio de este domingo: *“Yo soy la puerta”*. ¿La puerta de qué o la puerta hacia dónde?: la puerta hacia la vida plena, la puerta hacia la salvación. La puerta hacia una vida llena de sentido. Y lo que Jesús está diciendo es que identificarse con Él, con sus actitudes, con su evangelio, con su modo de entender y situarse en la vida es lo que nos abre la puerta a una vida plena.

Inmediatamente he asociado a esta afirmación de Jesús aquella que aparece en el capítulo 16 del evangelio de Mateo: *“Quien se empeñe en salvar su vida la perderá, pero quien pierda la vida por mí la conservará”* (16,25). La *“puerta”* que Jesús muestra para entrar en la auténtica vida **es la puerta de la entrega por amor**.

No es, en definitiva, otra puerta que el amor. Porque el auténtico amor es entrega, y cuando más amor, más generosa e incondicional es la entrega: *“Jesús... habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13,1). Así sintetiza el evangelista Juan la concepción de la vida de Jesús. En el mismo discurso del Buen Pastor, un poco mas delante de lo que leemos hoy dice Jesús: *“Por eso me ama el Padre, porque doy la vida para después recobrarla. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente”* (Jn 10, 17-18).

Es posible que la situación que estamos viviendo ayude a muchas personas a revisar su escala de valores: aquello que de verdad importa y aquello que es secundario. O simplemente nos ayude a renovar nuestras opciones fundamentales. Jesús nos abre las puertas de la vida a través del valor de valores: el amor que se entrega, la entrega por amor.

Valencia, tres de mayo, IV domingo de Pascua, de dos mil veinte.

Darío Mollá Llácer, sj